

DE BUENAS LETRAS

# Felipe Romero, la voz en el tiempo

JOSÉ VICENTE PASCUAL  
ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

**Q**ué duda puede quedarnos, ahora, al cabo de casi veinte años desde la publicación de 'El segundo hijo del mercader de sedas', de que Felipe Romero consiguió con esta novela la generación de un canon indiscutible que matiza la excelencia de toda narrativa histórica con pretensiones de decir algo nuevo, o algo interesante, sobre Granada en la decisiva y muy larga centuria que media entre la Toma de la ciudad (1492) y la expulsión de los moriscos (1609 – 1613). Mas, dejando aparte los singulares méritos de esta novela, la minuciosa y entrañable construcción de sus personajes y la vigorosa, apasionada recreación de una etapa fascinante de la historia granadina, cabe también preguntarse qué mérito, qué acierto fundamental tuvo Felipe Romero para trascender con amplitud el valor (incuestionable) de una gran novela histórica e instalar a 'El segundo hijo del mercader de sedas' en el selecto nivel de la literatura clásica contemporánea. Dicho de otra manera: en Granada, sobre Granada y la historia de Granada hay mucho escrito, pero si

observamos con exigencia la evolución literaria en dicho contexto, durante el siglo XX y lo que llevamos del XXI sólo algunos nombres concitan el reconocimiento unánime de lo magistral. García Lorca, Javier Egea y Rafael Guillén (desde mi modesto punto de vista) copan esa élite en la poesía. En narrativa, un título y un nombre se bastan aunque, esperemos, no se sobran: Felipe Romero y 'El segundo hijo del mercader de sedas'.

Desde mi punto de vista, el elemento diferenciador, el que otorga a esta excepcional novela su rango de eminencia en la narrativa española, se encuentra justamente en la radical, delicada y sutil granadinidad de la obra, fruto a su vez, estoy convencido, del complejo y exquisito vínculo que fundía el alma del autor con la historia y el espíritu del lugar. Hay ciudades, obras artísticas, avances humanos que son consecuencia de una imposición de voluntad. Hay logros de distinta índole, aquellos que emanan de forma natural y como parte previsible del hábitat, y que están ahí porque la lógica difusa de la historia y el discurrir del tiempo y los afanes hu-

manos los hizo aparecer con la misma transparencia con que la luz solar atraviesa la policromía de una esmerada vidriera. A todos asombrará el resultado, pero a nadie extrañará que se haya producido. Felipe Romero fue un hombre extraordinario, por complejo inusual, y todo en él fluía con una potencia caudalosa y sincera, sin artificio alguno, sin concesiones a la jactancia o el atildamiento. Su nexa vital, esencial, latía perfectamente acompasado al espíritu de una ciudad que supo cristalizar en su ánimo con una lucidez admirable. No creo arriesgarme mucho si afirmo que Granada y Felipe Romero compartían la misma virtud igual que se comparte un secreto: ambos, la ciudad y el autor, conocían los perfiles más recónditos de su razón de ser en el mundo. Quien hace dos décadas tuviese el privilegio (como yo lo tuve, a Dios gracias), de compartir un paseo con Felipe Romero por los márgenes del Darro, y observara la inquietud que le producía el entorno, debido a la arcana percepción de la «demasiada sangre» que bajaba entremezclada con el cauce del río, habría llegado, entonces, a comprender aquella exquisita distinción que hacía Vicente Aleixandre sobre «la leonina fuerza inaplicada» que aviva el espíritu de las personas amorosamente sincopadas con «el fondo indiferenciado de las cosas».

Felipe Romero era una de esas raras personas que acunan en su alma los clamores y susurros del pasado y el presente. Y de tal autor no cabía distinta obra. Habló de su aldea para ser universal. Y por ese motivo, creo, Felipe Romero y 'El segundo hijo del mercader de sedas' son inmortales, como inmortal es Granada.